

Tomás Stefanovics

MI BORGES

Borges, "el más grande escritor viviente" (Guido Piovene), con quien "por primera vez un escritor argentino se abrió paso en Europa" (Eugenio Montale), "tal vez el más consumado artesano que dio la prosa castellana después de Quevedo" (Luis De Paola), "uno de los intelectos mejor organizados y más complejos de la literatura contemporánea" (Mario Benedetti), sin cuya prosa "no habría, simplemente, moderna novela hispanoamericana" (Carlos Fuentes), el primer autor latinoamericano cuya obra completa aparece en la famosa colección francesa "La Pléiade", de la editorial Gallimard, el primer latinoamericano de quien se han editado en alemán las obras completas (Hanser Verlag), Premio Cervantes,

Comendador de la Legión de Honor francesa, el único autor latinoamericano que tiene una Sociedad Internacional -desde 1983 en Nueva York-, etc., etc., ese Borges era un hombre sumamente sencillo. Sólo sabrán eso los que lo han tratado personalmente. Lamento no haber llegado a conocerlo mejor pero en esos pocos encuentros -una larga conversación en su casa, uno que otro congreso, durante su última visita a Munich, en 1982- me ha dejado algunas impresiones imborrables que siento la necesidad de comunicar, ahora que acaba de morir. Parte de su obra me ha significado una revelación; aquí trataré de rendirle homenaje al hombre Borges. Era el escritor más famoso que llegué a conocer, pero, además



Peter Hamm, Curt Meyer-Clason, Jorge Luis Borges y Hartmut Zahn. Munich, 1982. Foto: Gonzalo Ramírez

de eso, era una persona extraordinaria por muchas razones.

Antes que nada, Borges llamaba la atención por su extrema amabilidad. Mientras algunos escritores, con su hermetismo, repetidos rechazos, concertación previa de cita que luego una y otra vez aplazan, etc. tratan de crearse una aureola de inalcanzabilidad (véase la magnífica descripción del reportaje que no llegó a poder hacer Eligio García Márquez sobre Carpentier), el hombre a quien todos se dirigían como Borges, sí, así a secas, Borges, recibía prácticamente a todo el mundo -a mí también-, sin anuncio previo, sin protocolo alguno. Sospecho que contribuía a ello la circunstancia de que no era capaz de decir "no". Seguramente fue el escritor latinoamericano que más entrevistas ha concedido. Jamás puso condición alguna si alguien lo quería ver, no le importaba si se quería grabar sus palabras, no se alteraba por las interrupciones. En cualquier lugar donde se encontrara, a cada hora, contestaba inmediata y directamente todas las preguntas sobre cualquier tema. En Buenos Aires presencié parte de la charla que sostuvo con un periodista joven de un semanario de modas. Se veía a la legua que el pobre individuo ni bien sabía con quien estaba hablando y que desconocía su obra. Sus preguntas fuera de lugar me producían un dolor casi físico, pero Borges no se inmutaba: le contestaba pacientemente y hasta el final se mantuvo correcto y afable. Aunque posiblemente haya oído cada pregunta que se le dirigía cientos de veces, siempre se mostraba interesado y daba la impresión de que para él lo más importante era esa persona con quien justamente estaba hablando.

La cortesía era uno de sus dones más visibles. Mostraba mucha preocupación para que su interlocutor no se aburriera, que no decayera la conversación, que no se perdiera el hilo y que no se produjeran largos silencios. En nuestra primera charla, al enterarse de que soy uruguayo, empezó a hablar de los miembros uruguayos de su familia, de sus recuerdos de infancia de una quinta situada al otro lado del Río de la Plata, de sus frecuentes visitas a Montevideo y finalmente me encargó que saludara en su nombre especialmente dos barrios de la capital: Paso del Molino y Ciudad Vieja. Llegó un momento en que casi me sentí incómodo por el hecho de que ese "monstruo sagrado" de las letras, a quien yo dirigía la palabra con admiración, mostrara tanto interés por mi origen y actividad.

Borges era la sencillez en persona. Vivía, vestía, comía con mucha parquedad. En su casa no habían objetos de arte. Nunca poseyó un auto, nunca gastó el dinero a manos llenas. Además de los libros, no se le conoció ningún "hobby".

Viajaba, si lo invitaban. Sólo era orgulloso de sus cuadros y fotografías -un grabado representando la pirámide de Caio Cestio, de Roma, un cuadro grande, la Anunciación, de su hermana Norah, fotos de su madre- y de su bastón chino. Cuando le pedí que me dejara fotografiarlo, se cambió su bastón "casero" -lo compró en 1956 por 900 pesos, precisó- por el chino.

Tal como era en su vida diaria así enjuiciaba su obra con su ya proverbial modestia. Lo que más sorprendía era la disparidad: por un lado era venerado casi unánimemente como uno de los más importantes escritores, si no el más importante de nuestras letras. A este respecto, baste una sola cita: "Entre los escritores latinoamericanos son numerosos los que han escrito para negarlo (como Sábato o Marechal) o para excederlo (como Cortázar o García Márquez). Pero unos y otros no existen sino a partir de Borges." (Emir Rodríguez Monegal) Por otro, él parecía no querer darse cuenta de esa fama. Insistía en sus escasos estudios, en la falta de profundización filosófica. Jamás se comparaba con los grandes. Hablando de sus cuentos fantásticos, género en el que era saludado simultáneamente como precursor y maestro en América Latina, decía que no hacía nada nuevo, que todo lo suyo estaba en Poe, Stevenson, Wells y Chesterton. Repetía que en su caso no se podía hablar de "obra" y que si algunas páginas lo sobrevivían ya podría considerarse dichoso. Consecuente con esta actitud, nunca leyó un libro de los innumerables que se ocupan de él y de su quehacer literario. "Creo que los premios que he recibido son errores, errores generosos que debo obedecer. Yo no creo merecer ningún premio." Confesaba que estaba arrepentido de la mayor parte de lo que ha escrito, que no le gustaba lo que escribía pero que no podía escribir otra cosa. A los setenta años anotaba que poco se podía esperar de él "salvo el manejo consabido de unas destrezas, una que otra ligera variación y muchas repeticiones." Poco antes de morir, como haciendo una suma de su vida, sentenciaba: "Yo no he llegado a nada. Soy un mero hombre de letras, nada más. No estoy seguro de haber pensado nada en mi vida. Soy un tejedor de sueños." Su dicho más famoso y característico relativo a este tema es el siguiente: "Es trivial y fortuita la circunstancia de que seas tú el lector de estos ejercicios, y yo su redactor."

Una de sus características más notables era la serenidad, que él, por pudor, nunca se atribuyó. Estaba conforme, en paz con él mismo y con el mundo. Entre los momentos de felicidad del hombre enumeraba amar, cabalgar, nadar, hablar con un amigo, leer, escribir o mejor, no tanto escribir como inventar algo. Consideraba que lo esencial de la vida era "...la trémula

esperanza, el milagro implacable del dolor y el asombro del goce." La primera vez que nos vimos me hizo la siguiente síntesis de su vida: "perdí mi madre, me casé, me divorcié, vivo de dos pensiones modestas, tengo tres o cuatro amigos buenos, pero si no, estoy solo." Siempre tenía la vista muy débil que con los años fue empeorando; al final sólo pudo ver el destello del color amarillo y los últimos treinta años los vivió totalmente ciego. Por otra parte, su padre, tío y abuelo eran ciegos. La ceguera, para él, antes que nada, era una forma de soledad. Para un hombre, cuya vida entera era una dedicación permanente a los libros, debió ser terrible no poder ver; otros, en su caso, quizá se habrían suicidado (idea que no le era ajena. "Eso de suicidarse es lo más sensato y lo más calmoso que pueda hacerse.") Borges, hasta en eso se mostró superior a su destino. Escribió algunas líneas, como aquéllas geniales de "Dios, que con magnífica ironía/Me dio a la vez los libros y la noche", pero nunca se rebeló. Una vez llegó a decir que la ceguera tiene la ventaja de conservar la imagen que uno tuvo de los amigos y que las mujeres que conoció antaño para él nunca han envejecido.

Sorprendía el enorme equilibrio interior de ese gigante. Según confesión propia sólo se enojó cuatro o cinco veces en su vida. Creyó que la única forma de venganza era el olvido. Era capaz de gozar de los pequeños placeres de la vida, le encantaba la comida china -especialmente lichees y enrollados de primavera-, se encontraba a gusto en la compañía de su gato blanco y gordo, Bepo, llamado así por un personaje de Lord Byron. Desde los seis años sabía que quería ser escritor y esa vocación intergiversable guió todos sus pasos futuros. Decía que escribía porque no tenía más remedio que escribir. Que si hubiera sido Robinson Crusoe, en una isla desierta, también hubiera escrito. Que no trataba de dirigirse a una minoría ni a una mayoría, que ni siquiera escribía para ser publicado y que sólo publicaba -como Alfonso Reyes- para no pasar la vida corrigiendo. Posiblemente él también haya vivido épocas de pasión pero al que yo conocí, mi Borges, ya octogenario, era una persona sumamente equilibrada. Era un placer estar en su compañía. Lo siguiente me sucedió en ocasión de una recepción oficial. Todo el mundo conversaba animadamente, con una copa de champaña en la mano, casi olvidado del personaje principal, por cuya presencia todos nosotros nos habíamos reunido. El estaba sentado en un cómodo sillón, situado al lado de la pared, yo muy junto a él, en cuclillas, mis manos descansando en su rodilla. Estaba sumergido en sus problemas, alejado del mundanal ruido; me hablaba de Ulrica -posiblemente su único gran amor, de las sagas escandinavas, de los compadritos,

como si hubiera venido a la recepción solamente para conversar conmigo. Irradiaba una serenidad increíble. Me decía que varias veces al día se sentía inexplicablemente feliz.

Tenía un fino humorismo, mezcla del "understatement" inglés, de gracia y de picardía personal que podía extenderse al interlocutor momentáneo. Cuando le dije que en esa época estaba estudiando romanística, observó con fingida seriedad: "Pero entonces nosotros somos enemigos: yo hice germanística." Borges era una persona alegre, bromeaba sin parar, le complacía hacer juegos de palabras y contar chistes, especialmente políticos. El decía: "el escritor es un ser solitario que debe mantenerse de buen humor." Frecuentemente deslizaba bromas, a veces secretas, en sus textos. Por momentos llegaba a ser desconcertante. Milton Fornaro contó la siguiente anécdota. Borges le decía que, estando en Montevideo, paraba en el Hotel Cervantes. "Agrego que Julio Cortázar también se hospedó en ese hotel. Sin perder su aire distraído dice: 'No sé, no lo conozco'. Caminamos unos pocos pasos. Los dos en silencio. Salíamos de la galería hacia su casa cuando afirmó: 'Yo le publiqué los primeros cuentos.' '¿A quién?' pregunto. 'A Cortázar. En una revista que yo tenía, que se llamaba Los Anales de Buenos Aires'." Quedará para siempre un misterio si todas las afirmaciones tan criticadas sobre el idioma español, lo latinoamericano, Sartre, el estilo norteamericano de vida, la demócracia, etc. no fueron más que "boutades", aforismos, muestras acaso algo exageradas, fuera de lugar de un ingenio siempre juguetón, brillante, enemigo del lugar común y de lo que la "gente" creía. Dos ejemplos breves de lo que quiero decir: "Dios es la creación más grande de la literatura fantástica." "Solamente el hecho de que yo sea famoso, o casi, demuestra que la cultura occidental está en decadencia."

La perplejidad, el asombro frente a tantas maravillas del mundo, la complejidad de los fenómenos era un elemento esencial de su carácter. Una vez declaró que era eso lo que más frecuentemente sintió: perplejidad ante el hecho de vivir en el tiempo y en el espacio, ante su propio destino y también ante el éxito que ha conquistado en las últimas décadas. "Yo no entiendo a este país, no entiendo al universo. No me entiendo a mí mismo ni entiendo a lo que he escrito y que los críticos parecen entender tan bien!"

Aquí hay que mencionar su escepticismo sano y constructivo. Era un escéptico que empleaba la duda como método y como actitud. Y lamentaba no poder creer en un Dios individual. Sus raíces religiosas llegaban hasta el budismo, pero tuvo fuertes influencias del judaísmo y del cristia-

nismo. Por su postura escéptica llegó a convenirse, por ejemplo, de que no se podía enseñar nada porque cada uno debía aprender todo por sí mismo. Por eso abandonó también su sueño juvenil de abrazar la carrera de profesorado. Pero ya muy mayor, en el pináculo de su fama, se dio cuenta como profesor universitario de que se puede enseñar el amor hacia una cosa y creía que ésa era la única tarea válida del profesor. El hombre, que en su conversación, después de afirmaciones sentenciosas con mucha frecuencia intercalaba "¿no?" o "¿verdad?" o "¿no le parece a usted?", como buscando siempre la afirmación, la participación del otro, llegó a decir: "Yo mismo no sé quién soy."

Eso no era óbice para que se interesara por casi todo. Su inquietud intelectual era ejemplar, su sed de saber no conocía límites. En su época de estudiante secundario, en Ginebra, por decisión propia aprendió el alemán. Ya viejo, aprendió el islandés y el germano antiguo. Cuando me dijo que le encantaba viajar, creía que se trataba de una de sus bromas. Pero no, me hablaba muy en serio. Si bien antes no le gustaban los viajes, ya ciego viajaba con fruición. Me aseguró que los gozaba mucho pues sólo le faltaba la vista pero podía oír, escuchaba los sonidos, la música, los ruidos, el habla de la gente y la conversación no le era vedada. Podría enterarse de cantidad de detalles y, siendo ciego, sentía todo más intensamente. A través de descripciones era capaz de ver mucho. "Cada ciudad y cada país son una experiencia distinta." Además, saboreaba las comidas y percibía los diferentes olores. En sus viajes, conversaciones y lecturas se interesaba por casi todo, pero fundamentalmente por el sentido de las cosas, de la vida, del hombre. Esa busca de sentido y sus posibles, variadas, alternadas, contradictorias respuestas constituyen lo más valioso de su obra. No era filósofo pero entre todos los escritores latinoamericanos era el que más se acercaba a ese ideal de pensador, precisamente por su machacante retorno a lo que es esencial, por su perenne inquietud. Hay que mencionar aquí que esa densidad de pensamiento, la multiplicidad de sus intereses, amén de su originalidad y de su pulido y admirable estilo llevó a que su obra se convirtiera en una fuente inagotable de goce estético para millones de personas, de inspiración para cientos de escritores, licenciados y doctores en literatura que han escrito su tesis sobre él, de recursos económicos para editores, libreros, críticos, periodistas, profesores, institutos y departamentos universitarios enteros que han existido a costa de él.

Su espíritu de investigador se basaba en su optimismo, su fe en la vida que aumentaba con

los años. De viejo se sentía más feliz que cuando era joven. "Cuando estoy con los amigos que pertenecen a mi generación, siempre termino quedando deprimida y ésa fue una cosa que nunca sentí junto a él. Borges siente un profundo entusiasmo por la vida, trata de tirar partido de ella y, sobretodo, sabe transmitir eso." (María Kodama) Borges jamás se quejaba por su vejez, no pronunciaba frases como "todos los tiempos pasados fueron mejores". Se conservó joven, espiritualmente despierto, interesado, abierto a todo. Unos meses antes de morir, ya completamente ciego, decía que estaba "looking forward", "aunque no sé qué porvenir me queda, porque a la edad de 86 años, habrá sin duda mucho más pasado que porvenir." Hasta el día de su muerte estuvo lleno de proyectos, planeaba obras. Uno de los últimos cuentos que tenía en mente -no sé si llegó a formularlo- se iba a titular "Monólogo de Segismundo", basado en La vida es sueño, de Calderón.

Su lógica, su capacidad de descubrir siempre nuevos corolarios era admirable. Llevaba una idea hasta sus consecuencias últimas, agotando todas las previsiones posibles e imaginables. Sus conclusiones eran sorprendentes pero nunca arbitrarias. Era capaz de ver lo que otros no podían: ahí estaba uno de sus secretos.

Su capacidad lógica se ejercitaba diariamente en los inmensos campos de su conocimiento. Borges asustaba por su sabiduría en las más diferentes ramas. Cuando le fue otorgado la gran cruz de la Orden de Alfonso X el Sabio, un crítico lo llamó -con toda justicia- Alfonso Borges el Sabio. Pero cuando conversaba, su charla repleta de nombres, títulos, datos, anécdotas nunca chocaba; hablaba tan discretamente, pidiendo siempre la opinión del otro, como si éste, con simplemente afirmar o expresando su duda hubiera tomado activa en la acumulación y el manejo práctico de tanto conocimiento. No hizo ningún estudio universitario pero ha leído como pocos de sus contemporáneos "En el decurso de una vida consagrada menos a vivir que a leer..." Muy difícilmente exista otro latinoamericano que haya conocido tan bien la literatura inglesa y norteamericana, la hebrea, la Biblia, la mitología, la cábala, la filosofía idealista. Leyó la Divina Comedia diez o doce veces y aprendió varios idiomas, entre ellos el alemán. Aquí debo hacer un paréntesis. Ha dicho que la cultura alemana era uno de los elementos esenciales de su vida y que no pasaba un día sin que pensara en Alemania. "Pero a ti, dulce lengua de Alemania, /Te he elegido y buscado, solitario. /A través de vigiliadas y gramáticas, /De la jungla de las declinaciones, /Del diccionario, que no acierta nunca /Con el matiz preciso, fui acercándome." La lengua alemana le parecía ideal para la poe-

sía. Había aprendido el alemán para poder leer Heine en original, cosa que hizo durante toda su vida porque se sentía como una especie de doble de Heine. "He leído y releído todo Schopenhauer en alemán". Recitaba de memoria poesías de Stefan George, Morgenstern, Wilhelm Klemm, Angelus Silesius y Trakl.

Borges poseía una memoria prodigiosa. Como a sus queridos poetas alemanes era capaz de recitar larguísima pasajes de muchos poetas ingleses y norteamericanos, conocía todo el Martín Fierro de memoria y a mí me recitó el Padrenuestro y un largo poema épico en islandés. Era sabido que desde que se volvió ciego, todos sus trabajos eran elaborados mentalmente. Después de haber reflexionado, frecuentemente de madrugada, cuando no podía dormir, sobre tres o cuatro versiones diferentes, le dictaba a alguien el texto casi definitivo, en el que luego ya sólo hacía una o dos pequeñas correcciones, casi siempre de eufonía.

Hablando ahora algo de su actuación casi pública, hay que decir que una de sus convicciones más acendradas era el pacifismo. Lo era siempre, aun cuando con esto casi traicionaba la vocación militar de sus antepasados. Salvo su padre, que era abogado y profesor, todos sus antepasados han sido militares a quienes les han tocado jugar papeles importantes en muchas acciones de guerra. Pero Borges aborrecía la guerra. Pensaba que todas las guerras eran crímenes contra la humanidad. "Cada país que declara la guerra a otro está cometiendo un acto ilegal", decía. Una vez que de nuevo se oía el ruido de sables entre los países vecinos y, a pesar de que en la Argentina algunos lo trataron por eso de traidor, ignorante y antipatriota, insistió en su declaración pública que una guerra entre Chile y Argentina "sería una insensatez y un crimen."

Por esa postura suya y por su abierto cosmopolitismo se llegó incluso a dudar de su argentinidad. Borges era profundamente argentino, claro que no de una manera pedestre, folklórica. Sabía seleccionar, no hacía suyo indiferentemente todo lo bueno y malo, estaba libre de prejuicios. Como nunca fue oportunista ni le importaba jamás la opinión de los demás, afirmó con desparpajo que detestaba el tango, estuvo en contra del peronismo y sostuvo que todos los latinoamericanos, especialmente los argentinos, eran europeos desterrados. Eso es cierto. Pero Borges también escribía milongas, se sentía orgulloso como un niño de sus ilustres antepasados, entre los cuales figuraba el fundador de Buenos Aires y el vencedor de la batalla de Junín y de él es este dístico: "A mí se me hace cuento que empezó Buenos Aires:/La juzgo tan eterna como

el agua y el aire." En uno de sus textos se retrataba así: "trato de escribir como el oscuro y gris señor argentino que soy". "Borges formaba parte de Buenos Aires" (Marco Denevi) y "llegó a constituir el símbolo vivo de lo que nuestra nación tiene de intelectual" (Rafael Squirru). "¿Puede haber algo más argentino que esa necesidad de llenar verbalmente los vacíos, de acudir a todas las bibliotecas del mundo para llenar el libro en blanco de la Argentina?" (Carlos Fuentes) "¿Dónde sino en esa Babel cosmopolita que es Buenos Aires puede darse un especialista en las primitivas literaturas germánicas que sea, también, especialista en el tango y en la poesía gauchesca, y que sea también especialista en Dante y en Cervantes, y que sea también especialista en Hume y en Schopenhauer? El cosmopolitismo de Borges no es sino la reflexión en el campo de la literatura del cosmopolitismo de Buenos Aires." (Emir Rodríguez Monegal) El mismo escribió: Gibbon observó que en el libro árabe por excelencia, en el Corán, no hay camellos. Borges continuó: "Mahoma, como árabe, no tenía por qué saber que los camellos eran especialmente árabes; eran para él parte de la realidad, no tenía por qué distinguirlos...Creo que los argentinos podemos parecernos a Mahoma, podemos creer en la posibilidad de ser argentinos sin abundar en color local...como si los argentinos sólo pudiéramos hablar de orillas y estancias y no del universo."

Y a Borges le interesaba nada menos que eso: el universo entero. Su universalidad le ha conquistado lectores, comentaristas, imitadores, admiradores y amigos en todo el mundo. El, como nadie, podía sentir la belleza del idioma inglés, afirmaba que Ginebra era una de sus patrias, en parte se sentía uruguayo (dos de sus cuatro abuelos nacieron en el Uruguay) y decía que él era un producto de Francia, un "made in France", porque en su propia patria sólo empezaron a tomarlo en serio después que haya sido descubierto -"inventado", decía él- por sus traductores y críticos franceses. En una entrevista, en el calor de la conversación, dijo un par de frases que podrían considerarse el resumen de una declaración de fe humanista universal: "Me gustaría vivir en un mundo donde no hay aduanas ni banderas ni uniformes ni cuarteles ni iglesias; donde no hay diferencias entre los países. Un mundo donde se desconocen los pasaportes y no existen los documentos de identidad, un mundo sin desconfianza. Un mundo que es como una casa abierta." Que ese argentino universal haya elegido precisamente la ciudad de Ginebra como su última residencia es explicable también, además por el hecho de que fue allá donde pasó su juventud, donde se despertó a la vida y al mundo de la cultura, por lo que Suiza le representaba como un ideal de país pacífico, ordena-

do, multirracial, multilingüe, una prefiguración de lo que el mundo entero podría llegar a ser un día. "Un país que nunca quiso ser un imperio, un país en el que no hay nacionalismos, ni una raza suiza..." El último libro publicado por él fue *Los conjurados*, un homenaje a aquellos conjurados que en 1291 echaron las bases de Sui-

za. La última composición del libro, que dio título al volumen, termina con lo que sigue, que así llegaron a ser las últimas palabras de Borges impresas en su vida: "Los cantones ahora son veintidós. El de Ginebra, es una de mis patrias. Mañana serán todo el planeta. Acaso lo que digo no es verdadero; ojalá sea profético."■

ANTONIO PLANELLS

Ha muerto Borges

Ha muerto Borges
y llueve inconsolablemente en
Buenos Aires.
Ha cesado el tigre de pasearse
en su monótono y predestinado
cautiverio.
El tiempo se ha recogido puntualmente,
Los espejos y la cópula
no multiplicarán abominablemente a los
hombres
soñadores y soñados; dioses, rabinos
y magos despertando están
de sus infinitas pero necesarias
pesadillas
y contemplan agonizantes
el rostro vacío del intolerable
universo.
El caos vuelve a su acostumbrado
desorden
porque Borges ha muerto.
Los húmedos volúmenes de escandalosas
bibliotecas
no sentirán las caricias de la mano

del ciego
a quien Dios, en su magnífica ironía,
le dio a la vez los libros y la noche.

Existe hoy un laberinto
sin fiera horrenda, ni maraña de
piedra entretejada,
ni externo muro, ni secreto centro
en tu Buenos Aires que juzgaste tan
eterna
como el agua y el aire...

Y allí te veo Jorge Luis,
abuelo mitológico,
bifurcándose tu cuna y tu sepulcro
tercamente
en ese orbe intemporal que no se
 nombra.

Te veo rodeado de rigurosos libros,
cerrados para siempre
en la vaga mesa de sueños y de formas
y pienso que el destino te negó
una cosa
que quizá no sea la vereda de enfrente.

Mutaciones

A Jorge Luis Borges

Siempre habrá un rígido hexagrama
Que marque implacable tu destino
Con línea llena o cortada y letra vana
De trazo firme, con huellas y camino.

No importa si la luz inconsistente
Penumbra arroja en tu sendero incierto;
Tampoco importa si un sonido muerto
Recorre grave y terco la pendiente.

La ilusoria y frágil existencia humana
Esbozada sabiamente por el chino
La completas tú y el enigmático
hexagrama
Que es de hierro y ceniza como el sinc.